

**CAJAL, FRENTE AL EXISTENCIALISMO (\*)**

POR EL

**DR. JUAN NASIO**

MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA

BUENOS AIRES (ARGENTINA)

**H**ACE tiempo, desde la cátedra «Ramiro de Maeztu», de Madrid, afirmábamos: «...el existencialismo en la filosofía, el comunismo en la política y el surrealismo en la pintura, no son más que formas disfrazadas del anti-Cristo que pretende ahogar el alma cristiana del hombre, el cual, pese a todo y contra todo, logrará obtener la felicidad humana.» (1)

Cajal fué uno de los pocos hombres de ciencia de Europa que se sustrajo a la confusión reinante en su época. Como un visionario inspirado, desenmascaró y marcó a fuego, con una claridad y entusiasmo que sorprende, las corrientes materialistas.

Justamente es en el siglo de Cajal donde, al calor de la revolución industrial y mecanicista, por un lado, y de las convulsiones políticas y sociales, por el otro, se compromete el porvenir del hombre como tal por la sistematización de doctrinas filosóficas destructoras.

Cajal enfrenta uno de los siglos más materialistas de la Historia. Desde Tales y Empédocles, antes de Cristo, que esbozan la primera concepción materialista, hasta el panlogismo de Hegel, logran infiltrarse en la historia del hombre la filosofía materialista de Francisco Bacon y el materialismo mecanicista de Hobbes. Ambos engendraron, en el siglo XIX y principios del XX, los más hábiles disfraces que en el terreno de la especulación mental hayan podido producirse. Nunca hasta entonces se había trabajado con tanto entusiasmo con el objeto de desviar al hombre de su porvenir trascendente. Como hijos putativos de la Reforma de Lutero y Calvino, afloraron una serie polimorfa de doctrinas que tenían de común la negación cristiana del hombre. A ellas siguió el materialismo científico de Huxley, Fuerbach y Le Dantée; el materialismo económico de Saint Simón, Sismondi, Proudhon, Marx y Engels y el realismo de Moore,

(\*) Capítulo del libro inédito del autor sobre «Santiago Ramón y Cajal». Prólogo de don Gregorio Marañón. (En prensa.)

(1) Nasio, J.: «El hispanismo en la nueva cultura argentina». Conferencia en la cátedra «Ramiro de Maeztu», Madrid (España), 4 - XII - 51.

Russell, Alexander, Shitchead, Husserl, Hartmann, Jaspers, Heidegger y Kierkegard, y el positivismo de Comte, Benthan, Stuart Mill, James y Nietzsche.

Es precisamente en el momento en que Cajal efectúa obra fecunda de sabio para España y para el mundo, que sus coetáneos, hombres de ciencia extranjeros, entregaban sus descubrimientos a manera de ofrendas panteístas, para mantener el fuego de esas doctrinas. En esta situación subalterna vemos correr, buscando a quien servir, a Gall, Lombroso, Haeckel, Darwin y Spencer. Estos estudiosos científicos, aunque ricos en medios, fueron ciegos en sus fines y pretendieron solucionar los problemas extrahumanos con hechos humanos que, por ser tales, eran tan mutables como limitados. Pero como el ser humano nace y muere, sentía más que comprendía la esencia de una trascendencia. De allí los esfuerzos que en todos los órdenes humanos se realizaron y se realizan para arrastrar al hombre hacia un nihilismo que no desea. Nadie puede discutir que «la dolencia radical del hombre brota del misterio del hombre» (2).

Cajal, que heredó las esencias de la España inmortal, enfrentó a su siglo con las mejores armas: las de su cristianismo acendrado, sin dejarse nunca subordinar. Ni el contagio de sus parcs, ni la novedad, ni la vanidad, le inclinaron alguna vez, aunque fuere superficialmente, a adherirse directa o indirectamente a dichas teorías materialistas. Libre en su más excelsa concepción cristiana, no le sedujeron las codiciosas doctrinas de sus contemporáneos científicos. Genio original, pero profundo, no le atrajo la novedad o lo «novedoso» de las filosofías tan atrayentes, que no emplearlas significaba, para los diletantes, atraso intelectual o rémora social. La innovación nunca tomaba cuerpo en el espíritu de Cajal si antes no pasaba por el tamiz de la experiencia y ofrecía la condición de su profundidad y perdurabilidad. Si para los hechos cambiantes de la ciencia era exigente, no lo iba a ser menos con las especulaciones del espíritu. La vanidad nunca le preocupó. No necesitaba vestir de prestado para simular una jerarquía. Tampoco le turbó la ambición y no buscó, por lo tanto, immortalizar su nombre sirviendo a las doctrinas de moda. Por esto, por haber limitado su ambición a los problemas cambiantes y modificables de la biología humana, y por no buscar perdurabilidad en los problemas trascendentales, Dios le ofreció generosamente la gloria.

A los filósofos de su época, generadores del existencialismo que hoy reactualizan las editoriales, los pintaba al desnudo al denunciar: «¿Quién no ha conocido materialistas y darwinistas, amantes de la libertad, espiritualistas de toda laya, fanáticos, convencidos de su democracia —citando un caso reciente—, católicos sinceros, idólatras de la protestante Alemania y justificadores del martirio de Bélgica? Y abandonando el campo de la política y convirtiendo la atención a los filósofos, moralistas y estéticos, ¿hay cosa más curiosa y risible que un Rousseau, apasionado secuaz de los impulsos naturales, arrojar sus hijos a la Inclusa; un Schopenhauer, defensor del suicidio, huyendo desesperadamente del cólera; unos idealistas como Berkeley y Fichte, negadores de la realidad del mundo exterior, comportarse en la mesa, en la tertulia y en la cátedra como si los manjares, los amigos y los discípulos no fueran meras proyecciones del yo; y, en fin, a Ruskin, adorador ferviente de la seductora belleza y del paisaje y flagelador implacable de fábricas y caminos de hierro, viajar guapamente en ferrocarril?» (3)

(2) Benítez, H.: «Unamuno y la existencia auténtica», en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, núm. 8, pág. 289. Buenos Aires, 1948.

(3) Ramón y Cajal, S.: «Charlas de café», pág. 206. Espasa-Calpe, Madrid, 1921.

A los pseudoartistas que ya elaboraban el existencialismo en la pintura con más o menos los mismos rótulos con que llenan los salones de exposiciones de hoy, les endilgaba palabras de rigurosa actualidad y que muchos espíritus, sabiamente preparados, se disputarían por suscribir: «Durante estos últimos veinticinco años nos han invadido los bárbaros, nacidos casi todos en Francia, Alemania, Holanda y Escandinavia. Menospreciando las enseñanzas acumuladas por dos mil años de tanteos y progresos, han tratado de envilecer nuestros museos y exposiciones con los engendros más disparatados e insinceros. El afán de novedad, el ansia de lucro fácil y la complicidad de marchantes sin conciencia les han llevado a profanar, con sus manos rudas de artesanos, la excelsa hermosura del arte perenne. Y muchos de ellos han conseguido imponer a los beocios, horros de buen gusto y de memoria visual, una manera nueva, superficial, esquemática y pueril, hecha de incompetencia, comodidad y pereza. Aquellos eximios artistas que tardaban meses en domar la realidad, quedarían absortos si resucitaran y vieran que un modernista puede improvisar un cuadro—vamos a decir—en dos o tres días...» «Los pomposos nombres de arte moderno, pintura de vanguardia, cubismo, prerrafaelino, expresionismo, fauvismo, arte viviente, postimpresionismo, etc.» (4)

Sólo un genio como Cajal podía desentrañar de la plena orgía confusionista en que se encontraba Europa las causas y fines de esos innovadores artísticos. Sin prever la irrupción de los lupaneres existencialistas que aflorarían como hongos décadas más tarde, ya señalaba la «incompetencia» y marcaba a los «marchantes sin conciencia».

Los profesionalistas del arte aprovechaban de todo movimiento filosófico, político, religioso o social para pescar en río revuelto. En toda manifestación artística, los especuladores buscan con quién complicarse o a quien servir para desorientar y confundir a los pueblos. No persiguen otro fin que saciar su avidez de fortuna o desbordar sus pasiones. Disimulan su codicia y enmascaran su evidente incapacidad con novedosas concepciones y terminología, ofreciendo al lector o al espectador un realismo pornográfico que excite los sentidos y libere los instintos. Casi siempre, al lado de este arte falso en falsos hombres, aparecen el alcohol, los estupefacientes, las mujeres y el juego, que integran el chantaje de los instintos humanos. De ahí que en las metrópolis del mundo el existencialismo se ha convertido en un gran cartel de explotación del turista.

Si Cajal se indignaba ante estos profanadores del arte, pensando en lo absortos que quedarían los grandes artistas españoles si resucitaran y vieran un cuadro de esa naturaleza, nosotros nos imaginamos a dónde llegaría la admonición de Cajal si pudiera observar el desarrollo monstruoso que han alcanzado, en la actualidad, todos esos «horros de buen gusto». Lo que llama la atención en estos expositores de feria es que su desvergüenza es mayor que su ineptitud y se permiten crear teorías y doctrinas de arte, intentando disfrazar sus intenciones a tal punto que se paranoinizan y constituyen el grupo de avanzada de los «incomprendidos». A estos neorrealistas o surrealistas que desnaturalizan la estética y que ofrecen al historiador del futuro los elementos necesarios para definir nuestro siglo como de arte decadente, Cajal, hace medio siglo, los había colocado en el lugar que les correspondía. De esta manera arrancaba la capa filosófica que ayer, como hoy, utilizaban los existencialistas. «El existen-

(4) Ramón y Cajal, S.: «El mundo visto a los 80 años», pág. 106. Espasa-Calpe, Madrid, 1934.

cialista se siente andar por la vida con las raíces al viento, como las plantas aladas, sin poder jamás anclar su propia esencia en el fondo del ser.» (5)

Pero Cajal, en su posición frente al existencialismo espurio, como quiere Sciacca (6), no sólo estuvo contra sus filósofos y sus artistas, sino que se ocupó también de desnudar su instrumento políticossocial: el comunismo. Son magistrales y de profunda raigambre filosófica sus opiniones sobre la política comunista y sus allegados en momentos en que todavía no se había producido la revolución de 1917. La angustia que, como español, había sufrido por la política suicida de sus connacionales, y su cristiandad sin eufemismo, le habían convertido en un visionario singular de lo que ocurriría un cuarto de siglo después y que anegaría a la Humanidad hasta nuestros días, y quién sabe hasta cuándo, en un terror colectivo.

Sobre la igualdad social, vierte estos conceptos: «Si los defensores de la igualdad económica y política alcanzaran el ansiado triunfo, éste sería necesariamente efímero. La valla niveladora, actuando en la pradera social, abatiría las plantas más ingentes, diferenciadas y robustas; mientras que prevalecerían por compensación las hierbas más rastreras y nocivas. ¿Hasta cuándo? Hasta que, llegadas las auras primaverales, renacieran triunfantes las bellas flores segadas por la inconsciencia.» (7)

Previó, como Donoso Cortés, que Rusia dominaría Europa y la anarquía desintegraría el concepto del hombre.

También luchaba contra la desfamiliarización y el aborto, cuyas pavorosas consecuencias hoy tiene que enfrentar el mundo cristiano; sentaba conceptos de recia envergadura moral: «Aunque las uniones legales no descendan, el niño mal atendido y el marido mal cuidado antes presagian la degradación de la raza que la elevación de su moral y de su capacidad productiva...» «Un ruso me contaba que, a causa de la libertad sexual absoluta y de la legalidad del aborto, muchas madres abandonan sus hijos y rechazan el embarazo. Para mí—añadía—, es más fácil y barato trabajar en fetos o embriones humanos que en embriones de gato o de ratón.» (8)

Tomó posición contra otra resultante materialista en las costumbres cristianas: la despersonalización de la mujer, lo que comprobó personalmente en su viaje a los Estados Unidos de Norteamérica. Con hilaridad describe a la mujer americana: «Ya no son las hembras de antaño, sino una especie epicena que adopta formas diversas, desde el viraje, pasando por la pedante, la sufragista, la agente electoral y confesional, la antiviviseccionista, etc., hasta la tirana del hogar, en donde, para alivio del marido, reside lo menos posible. Ellas se reúnen en sus clubs y restaurantes; viajan solas o acompañadas de quien les place, y regresan al *home* cuando les viene en gana.» (9)

El pudor castellano siempre se mantuvo incólume en la vida del maestro, y nunca las importaciones foráneas, con ciertas aparentes modernidades, lograron socavar o siquiera inquietar el austero sentido familiar que, como cristiano y como español, preservaba. Es así como en una encuesta que le fué realizada durante su estancia en Norteamérica contesta con fina ironía: «En nuestro

(5) Benítez, H.: «Unamuno y la existencia auténtica». Op. cit., pág. 284.

(6) Sciacca, F. M.: «Existencialismo espurio y existencialismo auténtico», en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, núm. 10, pág. 339. Buenos Aires, 1949.

(7) Ramón y Cajal, S.: «El mundo visto a los 80 años». Op. cit., pág. 205.

(8) *Ibidem*.

(9) Ramón y Cajal, S.: «Charlas de café». Op. cit., pág. 217.

país vivimos, por desgracia, tan atrasados, que las mujeres se contentan todavía con ser femeninas y no feministas, y, al parecer, ello les basta para su felicidad y la de su hogar» (10). La severidad de las costumbres y la ética del sentir fueron nervio de una vida familiar ejemplar. Sin embargo, el respeto que tenía por su hogar y por la jerarquía de la mujer en el mismo, no le daba derecho a negarle a ella sus atributos intelectuales dentro del progreso de la sociedad.

El existencialismo de nuestros días, que de ninguna manera es nuevo, ya que tuvo su nacimiento formal a principios de siglo, es un artículo de especulación comercial del que aprovechan editoriales y empresarios teatrales y cinematográficos. Cajal, sin la fuerza filosófica de Ortega y Gasset, pero con su sinceridad basada en la verdad científica, pudo adelantarse al tiempo ofreciendo el informe autopsico del materialismo que se cernía sobre la Humanidad. En el examen de la vida y obra de Cajal se destaca significativamente su posición contraria al existencialismo materialista. Lo admirable de esta posición ideológica es que la descubre debajo de las distintas alfombras políticas o sociales. Es así como condena, en el orden político, al colectivismo y sus consecuencias anticristianas: anulación de la libertad individual, ruptura del vínculo familiar, deshumanización de la mujer y la insectificación del hombre. Su espíritu observador le permite ver estos males, no solamente bajo los regímenes socialistas o comunistas, sino también en las aparentes democracias. No lo confunden, por lo tanto, los ropajes políticos y comprende que, en definitiva, se trata de creer o negar a Dios. En ese sentido, identifica a los regímenes políticos por su concepción sobre el hombre más que por sus constituciones gubernamentales.

La ejemplar actitud de Cajal es precursora del pensamiento y acción de los hombres cristianos, en estos momentos cruciales para el porvenir de la Humanidad. Es necesario arrancar las caretas subyugadoras con que cubren sus caras los materialistas decadentes e inoperantes. De aquellos que especulan con las miserias del mismo materialismo; que viven sentando teorías sobre los cadáveres nauseabundos de las guerras fratricidas; que excitan el masoquismo de la debilidad del hombre relatando minuciosa e ingeniosamente las lacras humanas; que exaltan el sadismo logrando éxitos gigantescos de «bordereaux» en sus editoriales. Son los traficantes del vicio, que, con el pretexto de combatirlos, los exhiben solamente, golpeando de bruceo, a sus crédulos lectores, contra el suelo de una realidad aparentemente sucia, impidiéndoles levantarse y mirar más allá de ese mismo suelo y reconocer que está muy cerca de la felicidad la verdad y la pureza humana. Tan cerca, que impunemente los negociantes del materialismo van por las calles multitudinarias tratando de negar la dignidad, el honor, la honradez y la lealtad. Mientras tanto, los pueblos, solos muchas veces, encuentran su camino limpio y luchan infatigablemente con fe y esperanza y sin desconsuelo en favor de una Humanidad mejor.

El hispanismo de Cajal, cristiano y humanista, le permitió clarificar su ideario contra las corrientes negadoras de la fe. Son por las que España lucha desde la batalla de Guadalete. Por eso nosotros insistimos que no puede haber garantía cultural de ninguna acción humana si no es auspiciada, protegida, impulsada o acompañada por la doctrina más revolucionaria que ha existido en el género humano. Doctrina que en pleno siglo XX es más moderna que nunca, a pesar de ser la más antigua. Es aquella por la cual se establecerá, en pleno período de las más crueles diferencias sociales o de casta, la igualdad de todos

(10) Olmet, A. L., y Torres Bernal, J.: «Cajal», pág. 329. Pueyo, Madrid, 1918.

los hombres como hijos de Dios. La que anatematiza la esclavitud, cuando ésta pretende transformarse en todo un comercio legítimo de mercancías humanas; la que establece la igualdad de sexo, reivindicando para la mujer el puesto que le corresponde en la sociedad organizada, y la que afianza la jerarquía del individuo en la sociedad. Esta es la doctrina cristiana. Son éstos los atributos prístinos y esenciales del hispanismo y lo que ha permitido la continuación histórica. Con este venero ha resistido recias fuerzas reaccionarias. La fuerza de la materia corruptora, incapaz de superarse a sí misma y engendrando a su paso doctrinas artificiosas que pudieran disimular sus formas inhumanas y el hedor nauseabundo de sus consecuencias. Gracias a este espíritu, España inicia una era histórica con el descubrimiento de América y enseñó al mundo que incluso las tierras desconocidas y los hombres salvajes merecen el respeto de sus semejantes, ya que no son fruto de tráfico comercial, sino de elaboración espiritual. En los hechos, España escribe la concepción filosófica más grande que conoce la Historia y enseñó que la República de Platón no debe, como quería Aristóteles, ser servida por esclavos, sino que debe ser para todos y en particular para liberar al hombre de la esclavitud de su ignorancia. La reina Isabel de Castilla y el rey Fernando de Aragón no sólo fundan España, sino que conciben y realizan la más alta empresa de la Historia, después del nacimiento de Jesús. Defienden a Cristo en Europa, lo extienden a África y crean un continente digno, progresista y triunfante, libre de oscurantismo y de la angustia moral que engendran en otra parte de América los imperialismos económicos de otras naciones. Nunca el hombre americano alcanzará a agradecer su proge y nunca comprenderá cómo cambió su destino bajo la inspiración de un alto e inigualable ideario universal.

Los pueblos que se han alejado de la humilde y bendita cruz están sumidos en la esclavitud material y en la esclavitud moral, a pesar de la aparente opulencia de esas repúblicas servidas por esclavos.

Nosotros, los argentinos, hijos espirituales del hispanismo eterno, libre y fecundante, nos solidarizamos con el ideario antimaterialista de Cajal y comprendemos la necesidad de desarrollar sus enseñanzas morales. Porque Hispanoamérica sufre, como el resto de los pueblos, la crisis que resulta del aprisionamiento por moldes anacrónicos y tecnicistas, del ansia insaciable de progreso que afluye constantemente en el vivir y en el devenir del hombre en la actual sociedad. Nuestra era atómica es el símbolo más extraordinario de la paradoja entre lo material y lo inmaterial y lo quijotesco y sanchopanesco del desarrollo social. El hombre sufre la desproporción entre el hacer y el sentir, entre el actuar y el pensar, entre las ideas y los hechos. Una monstruosa técnica en todos los órdenes lo arrastra súbitamente, sin darle tiempo a sentir. Es la paradójica desproporción entre un continente frío, matemático e inflexible y un contenido cambiante, renovador y cálido de emociones y sentimientos humanos.

La ciencia y la técnica, en su progreso ininterrumpido, han arrastrado al hombre tras de sí sin darle tiempo de preocuparse a sí mismo, sino de él mismo en su proyección extrínseca o social. Ha confundido las necesidades externas con las necesidades intrínsecas. Por hacer se ha olvidado de pensar y ha llegado a vivir sin sentir. Los moldes clásicos impuestos por el hombre a su vivir, no sólo han caducado, sino que se han transformado en elementos perturbadores y enemigos declarados del mismo. El continente de ayer es demasiado pequeño para el contenido de hoy, el cual desesperadamente busca una salida antes de estallar. La crisis actual no es otra cosa que una crisis resultante de

la lucha tenaz que realiza el espíritu para zafarse de las garras del materialismo que pretende ahogarlo. Toda la ciencia y toda la técnica que, día tras día, ha estado construyendo la Humanidad con abnegado esfuerzo, busca, en estos momentos, un aprovechamiento amplio que beneficie notablemente al mundo. Solamente colocando bajo un elevado espíritu los progresos de la técnica lograremos que ésta no esclavice al ser humano ni lo arrastre en su incontrolable avance.

Los americanos, los hijos de la España espiritual de todos los siglos, planteamos el problema del hombre en nuestra época de esta manera, porque bulle en nuestra sangre y palpita en nuestro corazón la corriente filosófica siempre vivificante: el hispanismo. Es el puente de oro por el cual se trasvasa, desde España, la continuidad histórica europea en América. Es el filtro de las corrientes más distintas, bajo un solo sentido: la exaltación espiritual de los más altos valores humanos. Entrega al continente del porvenir toda la experiencia de la cultura occidental. Cubre América con sus triunfos y sus bondades y le oculta los cruentos sufrimientos que han costado a los pueblos hispanos los valores esenciales del progreso, en la aparente crisis del siglo que atravesamos.

España es la unidad cultural de Europa. Basta sentirse en ella para conocer la historia y el presente de Europa.

Como un gigantesco crisol de una sensibilidad extraordinaria, recoge todos los imperus y las corrientes más fuertes, aunque no siempre nobles, de todos los continentes. Es así cómo por el Mediterráneo llegan los sufrimientos de las tierras postergadas del África colonial; los lamentos y rebeldías del Asia Menor, y su continuidad la unen rápidamente con Eurasia y demás pueblos europeos. Amalgama todo este presente, lo asimila y lo vuelca a través del Atlántico en raudales finos, incruentos y suaves a sus hijos de América. Esta tarea actual no es más que el eslabonamiento de su obra de síntesis cultural de siglos y siglos. El trípede de esta síntesis lo constituyen, como lo ha expresado Franco, la asimilación de las culturas: «La ateniense, con sus ideas y medidas; la romana, con la unidad y el derecho, y la cristiana, con su religión y vida.»

Cajal vivió y luchó impregnado de un claro y enérgico senequismo. Gracias a ello desentrañó de la maraña materialista de su época la sierpe del existencialismo y supo apuntar hacia el horizonte límpido de la superación humana. De esta única manera logró interpretar las siempre eternas palabras de Séneca, hoy más que nunca actuales, que afirmaban con tanto sentimiento, razón y claridad: «Con tal, pues, que mis ojos no estén privados de ese espectáculo; con tal que yo pueda contemplar la luna y el sol, observar los demás astros, seguirlos en su curso, investigar las causas de sus movimientos, admirar en la noche esas miríadas de estrellas, unas errantes y otras fijas, y las brillantes exhalaciones que trazan rápidamente un surco luminoso; con tal que yo viva en medio de tan grandes objetos, que así conviva con los dioses hasta donde puede serle permitido a un misero mortal, y que mi alma, aspirando a contemplar su verdadera patria, se mantenga en esa elevada espera, ¿qué me importa el fango en que se hundan mis pies?» (11)

(11) Séneca, A.: «La iras», pág. 164. Biblioteca Ideas. Tor. Buenos Aires, 1944.